

Manolo y Lola



X Certamen
de cuentos por
LA IGUALDAD



La Bailarina
y el Domador

Ilustraciones: María Ángeles Jiménez Serrano

X Certamen
de cuentos por
LA IGUALDAD

2019

Ilustradora: María Ángeles Jiménez Serrano

Artista, natural de Alcalá la Real. Su pasión por el arte la lleva a una búsqueda incesante en las diferentes expresiones plásticas, al conocimiento y la utilización de distintos medios para poder crear y expresarse artísticamente. En continua evolución y aprendizaje realiza numerosos cursos estudiando la figura, el color, el dibujo, la pintura... en talleres de profesionales del ámbito artístico español.

Esto le permite disfrutar de experiencias como la ilustración de estos dos cuentos donde el tema predominante es el retrato realista, queriendo con ello acercar al lector las emociones de los protagonistas de estas dos entrañables historias.

Comprometida con la visibilidad de la mujer en el arte donde pueda tener un espacio en el cual desarrollarse y compartir de forma igualitaria, hace que se embarque en continuos proyectos colectivos donde esta puede expresar sus inquietudes, emociones y sentimientos. Como ejemplo la última muestra colectiva de 2019, "Presencia de Mujer".

acuarelaparis1@gmail.com

Facebook: María Jiménez

Edita: **Ayuntamiento de Alcalá la Real**

I.S.B.N.: **978-84-15592-10-3**

Dep. Legal: **J-971-2019**

Textos: **Antonia Fátima Jiménez Pérez**

Miguel Ángel Carcelén Gandía

Ilustraciones: **María Ángeles Jiménez Serrano**©

Impresión: **3 Impresores Sur**

El copyright de los textos y las ilustraciones pertenece al Ayuntamiento de Alcalá la Real

Un año más, presentamos al mundo dos nuevos cuentos que han nacido de la dedicación de las personas que los han escrito y del tiempo de las que los han leído como parte del jurado de éste X Certamen de cuentos por la Igualdad. Es éste un proyecto que pone en valor la transmisión oral de relatos que fomentan la igualdad entre niños y niñas.

Espero que disfrutéis con su lectura

Dulcenombre de María Medina Cano-Caballero
Concejal de Participación Ciudadana e Igualdad.
Alcalá la Real (Jaén)

Antonia Fátima Jiménez Pérez

Me podéis llamar Fati y todo comenzó cuando de niña empecé a leer cuentos, me gustaban tanto que pensé que yo también los podía hacer y cuando medio aprendí a narrar con seis añitos escribí y dibujé mi primer cuento, era muy divertido, contaba como unas niñas brujitas resolvían problemas, una especie de patrulla canina pero montada en escoba.

Nunca dejé de escribir, en el cole me presentaba a los concursos y algunas veces ganaba y otras no, de todo había, pero nunca me desanimaba, esto es lo más importante.

También he participado en este concurso de Cuentos por la Igualdad, habiendo ganado alguna otra vez o quedando finalista. Y también en otros concursos como en Linares, que había que escribir una carta de amor y les gustó tanto que quedó primera y hasta salí en la tele.

En definitiva, me gusta escribir y allí donde puedo aportar mi granito estoy yo, en los diferentes concursos de la Universidad de Jaén o en la Editorial Letras con Arte donde publican mis relatos.

Niñas y niños, os animo a que escribáis aquello que os sucede y otras cosas inventadas, escribiendo aprendemos y hacemos volar nuestra imaginación, además divertimos a los demás con nuestros cuentos.

Niños, niñas sed lo que sois, disfrutad esta mágica edad no queriendo ser mayores.

Mayores, de vez en cuando no olvidéis sed niños.

Espero que grandes y pequeñines disfrutéis leyendo este cuento y que realmente os encante.

¡Acomodaos bajo los rayitos de Manolo y Lola y que comience la lectura!



Manolo y Lola



Manolo era ese sol que conocemos cuando miramos al cielo: —¡Hola Manolo! ¿Qué tal brillas hoy...? redondito de rechoncha carita amarillenta de mofletes al rojo vivo, con unos ardientes brazos, tan largos, capaces de abrazar a la Tierra, calentando a grandes y pequeños, niños y niñas, conejitos y conejitas, ratoncitos y ratoncitas, árboles y flores, en fin... a todos los seres de nuestro planeta.

Estaba claro que todo el mundo adoraba al Sol porque se podía calentar, cuando hacía frío a su recachita, las plantas lo necesitaban para hacer crecer sus cosechas, las flores abrían sus hermosos pétalos para ver su luz, e incluso las personas se sentían más guapas poniéndose morenitas bajo sus rayos. En el cielo estaba también muy bien valorado ya que gracias a su luz el universo estaba iluminado.

Por aquel entonces hubo votaciones celestiales y resultó ser el más votado, así que le nombraron el mejor de los mejores del universo, por el bien que hacía a la Tierra y al cielo.

El Sol tan orgullosísimo de sí mismo gritaba a los cuatro vientos: ¡Soy super... superior a todos y todas! Je, je, je... riendo a carcajada limpia, tan fuerte que retumbaba en todo el universo.

Todos los astros estaban al tanto de la noticia, pero el engreído Sol no dudó en acercarse a su compañera de trabajo, la Luna Lola, de momento que la vio.

—¡Heyyy... supongo que ya te habrás enterado! —decía mientras se peinaba presumidamente sus amarillentos rayos— me prefieren a mí, antes que a ti.

Lola no sabía si no llorar, llorar un poquito o llorar un montón.

El caso es que Manolo, para que Lola se sintiera aún peor, prosiguió chinchándola aún más.

—A mí me quieren en la Tierra y en el Cielo, yo siempre soy redondo, mi calor da mucha energía, y mi luz ilumina los días cargados de nubes, estoy presente en muchos dibujos, pequeños y pequeñas prefieren pintarme a mí, soy uno de los que primero aprenden a dibujar, sin embargo, a ti Lola, los niños y las niñas no te

entienden, unas veces pareces un plátano, otras veces una pelota y otras veces, aunque no te puedan ver, no les gusta que aparezcas porque se tienen que ir a la cama, además contigo viene la oscuridad y el frío de la noche.

Lola, no podía más con Manolo, estaba cansada de escucharlo, siempre con la misma retahíla... que si no servía para nada, que si su trabajo era invisible para todos y todas, bla, bla, bla... así que lejos de llorar, decidió tomarse unas vacaciones muy, muy lejos, donde nadie fácilmente la pudiera encontrar.

Entonces el Sol se puso muy contento, ahora sería su sustituto, estaría presente de día y de noche, ¡cómo le gustaba galantear con sus rayos recién peinados! Podría exhibir su cuerpazo las veinticuatro horas del día.

Al principio en la Tierra estaban muy alegres, siempre había luz y no había que encender las bombillas, niños y niñas contaban con más tiempo para jugar porque no tenían que ir a la cama, y quien veraneaba podía tomar todo el día y toda la noche el sol en la playa.

Pero muy pronto se dieron cuenta que esta situación no podía seguir así, en la Tierra cada vez había menos comida porque las cosechas se quemaban con tanto sol, la crema protectora solar y el after sun estaban agotados, el turismo ya no aguantaba tanto sol, quien hacía sombreros no daba abasto para hacer tantos, los abanicos se rompían de tanto abanicarse, dejó de haber personas enamoradas, no se podían enamorar bajo la luz de la Luna, niños y niñas no podían jugar, porque al no dormir tenían tanto cansancio que les faltaban las fuerzas hasta para jugar a las canicas, incluso al mismo Manolo se le hacía muy duro trabajar en el turno de noche.



Así que en la Tierra, con el cansancio por lo que estaba ocurriendo, cogieron una gran escalera y subieron al cielo, una vez allí llamaron a las puertas celestiales, nadie les abría, pero no dejaban de tocar, echarían el timbre abajo hasta que alguien les escuchara.

— ¡Hola, somos de la Tierra! ¿Hay alguien ahí? ¿Qué está pasando por aquí arriba? ¡Queremos saber dónde está Lola, la echamos muchíiiiiimo de menos por allí abajo! —dijeron a viva voz por el portero automático.

El Sol, que estaba las 24 horas de guardia, andaba tan agotado que lo habían pillado echando una cabezadilla, cuando escuchó todo el jaleo, contestó por el pinganillo:

—Sí, aquí el Sol, eso mismo me pregunto yo...dónde está Lola, se fue de vacaciones pero no ha vuelto, nada





sabemos de ella, tan solo dejó una nota que decía: "Como soy invisible y no os haga falta, me voy."

— ¡Claro que nos haces falta! —dijeron.

Mientras tanto, al escuchar el alboroto, todos los astros se arremolinaron

alrededor de las puertas celestiales.

— ¡Eso no puede ser! —dijeron los habitantes de la Tierra y los astros — ¡claro que la necesitamos, es tan necesaria como tú Manolo, sin Lola no te queremos!.

Manolo había pasado de ser el mejor de los mejores al peor de los peores, pero cómo no se había dado cuenta que Lola y él eran un equipo, nadie era más que nadie, cada cual tenía su función y estaba claro que el uno sin la otra no era nada, el universo no funcionaba.

—¡Vaya caos he liado en el cosmos por ser tan engreído, ahora no me aguanta nadie! —se decía así mismo.

Así que Manolo le escribió un whatsapp a Lola:

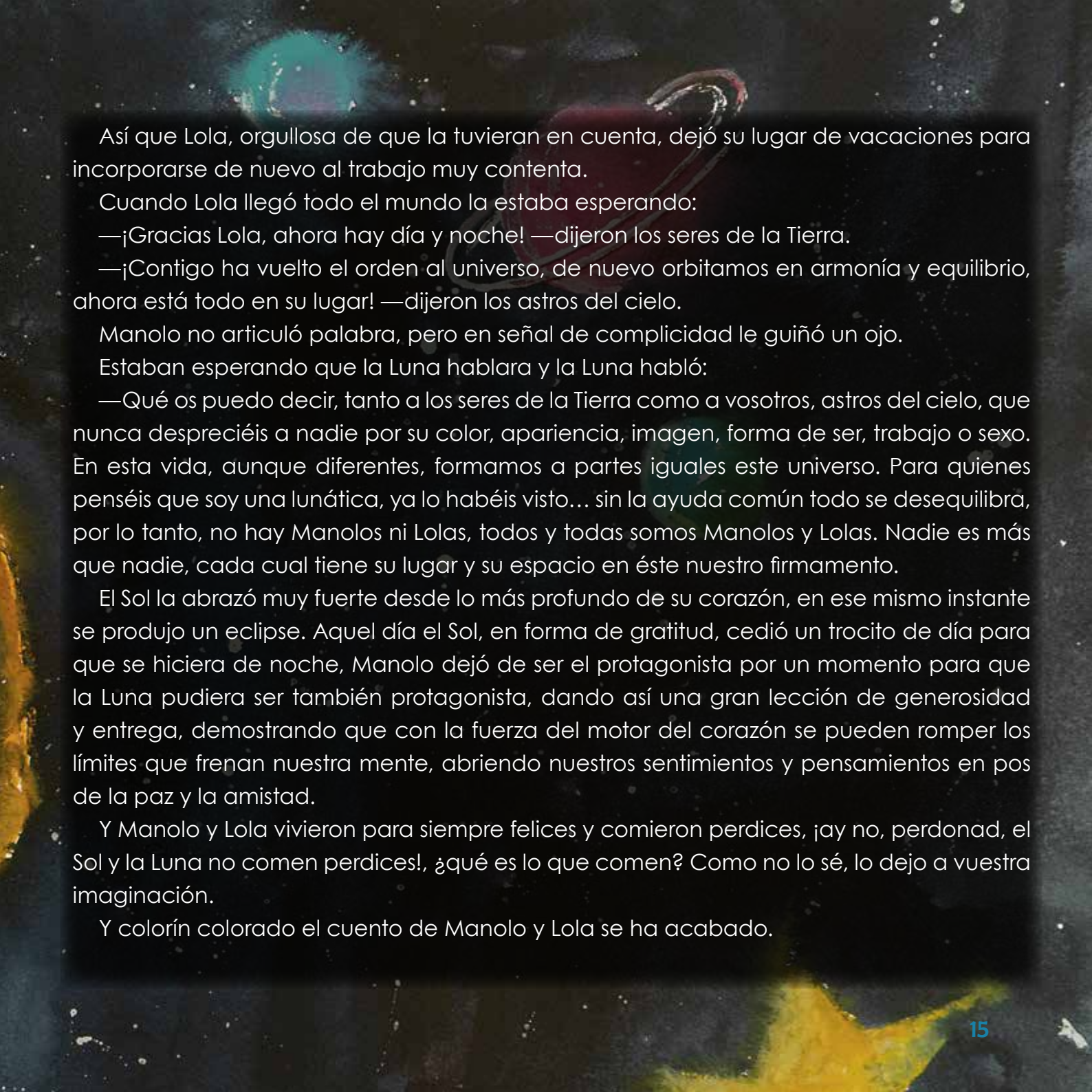
—Lola, ¿dónde estás?, ¿sigues enfadada conmigo? Siento no haber valorado tu trabajo ni a ti, a veces no te vemos, pero siempre estás ahí; haciendo crecer las cosechas, cuidando de tus mares y sus mareas, cautivando a quien se enamora e inspirando poesía. Vuelve, te necesito, yo sin ti no puedo trabajar, me veo en las listas del paro.





Lola se hizo esperar, pero al fin contestó: ¡ay Manolo, que tenga que faltar para que me eches de menos y valores todo lo que hago!. Pues sí, mi trabajo no brilla tanto como el tuyo, pero si no se hace se nota. No es más importante quien más imagen tiene y mejor reluce, que quien no alumbra tanto y trabaja en la penumbra o en la oscuridad. ¡Créeme! Todo el mundo es necesario para que funcione nuestro universo.





Así que Lola, orgullosa de que la tuvieran en cuenta, dejó su lugar de vacaciones para incorporarse de nuevo al trabajo muy contenta.

Cuando Lola llegó todo el mundo la estaba esperando:

—¡Gracias Lola, ahora hay día y noche! —dijeron los seres de la Tierra.

—¡Contigo ha vuelto el orden al universo, de nuevo orbitamos en armonía y equilibrio, ahora está todo en su lugar! —dijeron los astros del cielo.

Manolo no articuló palabra, pero en señal de complicidad le guiñó un ojo.

Estaban esperando que la Luna hablara y la Luna habló:

—Qué os puedo decir, tanto a los seres de la Tierra como a vosotros, astros del cielo, que nunca despreciéis a nadie por su color, apariencia, imagen, forma de ser, trabajo o sexo. En esta vida, aunque diferentes, formamos a partes iguales este universo. Para quienes penséis que soy una lunática, ya lo habéis visto... sin la ayuda común todo se desequilibra, por lo tanto, no hay Manolos ni Lolas, todos y todas somos Manolos y Lolas. Nadie es más que nadie, cada cual tiene su lugar y su espacio en éste nuestro firmamento.

El Sol la abrazó muy fuerte desde lo más profundo de su corazón, en ese mismo instante se produjo un eclipse. Aquel día el Sol, en forma de gratitud, cedió un trocito de día para que se hiciera de noche, Manolo dejó de ser el protagonista por un momento para que la Luna pudiera ser también protagonista, dando así una gran lección de generosidad y entrega, demostrando que con la fuerza del motor del corazón se pueden romper los límites que frenan nuestra mente, abriendo nuestros sentimientos y pensamientos en pos de la paz y la amistad.

Y Manolo y Lola vivieron para siempre felices y comieron perdices, ¡ay no, perdonad, el Sol y la Luna no comen perdices!, ¿qué es lo que comen? Como no lo sé, lo dejo a vuestra imaginación.

Y colorín colorado el cuento de Manolo y Lola se ha acabado.

Miguel Ángel Carcelén Gandía

Miguel Ángel Carcelén Gandía, Villalgordo del Júcar (Albacete), 1968. Es funcionario del Ministerio del Interior y le gusta la escritura, la lectura, el ajedrez, la cría de gallinas, el saxofón, la flauta travesera, la guitarra, el gazpacho manchego, el queso gallego, la cecina leonesa, las películas de Clint Eastwood y su familia, entre otras muchas cosas.

Sus dos últimas novelas publicadas llevan por título: "Retrato de cadáver con fondo vegetal", Premio Tifos de Novela, y "Y con tu espíritu", Premio Palin de Novela.

[Http://www.miguelangelcarcelen.blogspot.com](http://www.miguelangelcarcelen.blogspot.com)

Circo
MUNDIAL
presenta



La Bailarina
y el Domador



Para Adriana, nuestro Tesorito.

El Circo Mundial llegó a Villa Bella para alegrar a sus habitantes con las más fabulosas funciones que pudieran imaginar. Era una ciudad que siempre los había tratado bien, y por eso don Lupo, el director y propietario del circo, decidió recompensarla decidiendo que fuera allí donde actuaran por última vez el famoso domador de leones, Gastón Leblanc, y la inigualable bailarina Fedora Bolsovich. Tantos años dedicados a la vida nómada circense tocaban a su fin por culpa de la edad, ambos debían jubilarse. Pero continuarían viajando con el circo, pues ésa era su vida y así lo querían, pasarían a ocuparse de otras funciones menos costosas, tales como vender entradas, ayudar a vestirse a los artistas, repartir publicidad de las sesiones...

Su última actuación sería memorable, pues al tiempo que se despedían de su público, presentarían a sus sucesores, sus propios hijos. Gastón dejaría su lugar a Blas, un veinteañero espigado y fibroso; y Fedora cedería el testigo a Blanca, adolescente de frágil apariencia y movimientos pausados y elegantes.

- Será una gran función, amigos, algo poco frecuente en el mundo del circo -anunciaba el director a las autoridades a las que se había acercado a invitar personalmente.

Sin embargo, no fue todo lo espectacular que don Lupo habría deseado. El número de los leones resultó sensacional, como siempre, pues Gastón conocía a sus animales mejor que a su familia y hacía que obedecieran sin rechistar. Ahora bien, cuando le pasó el látigo a su hijo, éste, si bien siguió las instrucciones de su padre al pie de la letra, aunque no cometió ningún error y los leones, incluso Leoncio, el más agresivo, se mostraron dóciles con él, no consiguió transmitir la energía que su padre derrochaba. El público aplaudió a rabiar a Gastón, no obstante, Blas, en su debut, recibió pocas y desgastadas ovaciones.





Don Lupo esperó que la aparición en la pista central de la bailarina Fedora hiciera olvidar el mal momento del joven domador de leones. Y así fue. Con una coreografía ensayada para el momento de su despedida, la rusa logró levantar a toda la grada de sus asientos. Los gritos de “¡Bravo!”, “¡Genial!”, “¡Maravilloso!”, continuaron oyéndose incluso cuando hizo su entrada su hija y sustituta, Blanca.

“Ahora verán -pensó don Lupo-, cuando la chica comience el baile se van a quedar boquiabiertos”.

Comenzó el baile, Blanca repetía sobre la pista lo que tantas veces había ensayado con su madre, se adecuaba al movimiento de los caballos que le hacían de acompañantes, giraba, saltaba, se doblaba sobre sí misma al ritmo de la música, sonreía aquí y allá, los focos de distintos colores perseguían sus rápidas piruetas, pero... Cesó la música. Detuvieron los caballos su trote acompasado. Quedó inmóvil Blanca sobre su pie derecho en una acrobática posición. Transcurrieron tres, cinco, diez segundos... Y no se oyó nada. Tuvo don Lupo que, micrófono en mano, saltar a la pista, para reclamar, con gran embarazo, los aplausos del público.

No se lo explicaba, ¿qué había fallado? Por fortuna, a continuación actuaban Bartolino y sus payasos, quienes salvarían el final del espectáculo con sus bromas y canciones. Con los payasos, los saltimbanquis, el hombre bala, el tragasables y la adivina, la gente olvidó las extrañas actuaciones del nuevo domador y la nueva bailarina.

Pero don Lupo no. Esa misma noche los llamó a su carromato.

- ¿Qué ha pasado, Blas? -quiso saber el director-. Parecía que frente a los leones hubiera un espantapájaros, un monigote. Te movías sin alma, sin espíritu, sin ganas, como deseando terminar cuanto antes.



- Ya se lo dije, a usted y a mi padre: no me gustan los leones, no es lo mío, pero ustedes, erre que erre... Lo que me gusta de verdad es bailar...

- ¡Alto ahí! -lo atajó don Lupo-. No sigas con esas locuras. ¿Dónde se ha visto

que en un circo haya bailarines? Menudo disgusto le darías a tu padre, hijo, nieto y bisnieto de domadores. La saga domadora de los Leblanc debe continuar.

- Pero...

- ¡Ni peros ni nada! Ahora ya sólo falta que me digas tú -señaló con la mirada a Blanca- que no te gusta la danza, y que preferirías trabajar lanzando cuchillos o poniéndote debajo de las patas de los elefantes.

- Pues no exactamente, pero sí me gustaría trabajar con leones.

- ¡¡¡Las mujeres no pueden ser domadoras de leones!!! -bramó el hombre.

- Era broma, don Lupo -se arrepintió Blanca nada más decirlo, al ver lo furioso que se ponía el jefe-. Yo intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

- Eso espero. Y tú, Blas, aplícate el cuento.

- Pero ¿por qué no me deja actuar como bailarín?

- Sí, claro, y en lugar de Bartolino, que salga una payasa, y la adivina que se convierta en tragasables y ponemos de adivino a un calvo con barba..., ¿nos estamos volviendo locos o qué? Ahora mismo los dos a vuestros carrmatos. Y ni una palabra más.

Ambos intentaron contentar a don Lupo, pero a sus actuaciones les faltaba chispa. Se esforzaban, sin embargo, los resultados no eran lo que se esperaba de los continuadores de una saga de domadores y de bailarinas. La fama del Circo Mundial se comenzó a resentir precisamente por culpa de Blas y Blanca. Sus compañeros los animaban, se ofrecían para ayudarles en los ensayos, y todo era inútil.

- No lo entendéis, yo quiero mucho a los leones, a alguno de ellos los he criado yo mismo a biberón, los conozco desde que nacieron, pero no me llama la atención trabajar con ellos, no puedo transmitirle al público algo que yo mismo no siento -continuaba quejándose Blas-. No entiendo por qué don Lupo no me deja presentar mi número de baile, seguro que lo haría mejor y podría demostrar el gran artista que hay en mí.

- Pero Blas -se aventuraba el payaso Bartolino a una explicación que pudiera convencerlo-, el baile es cosa de mujeres. Yo tengo casi setenta años, he recorrido medio mundo y trabajado en muchos circos y nunca he visto un bailarín. La gente se reiría si te viera salir a bailar a la pista, te abuchearía y lo pasarías mal. Cada uno ha nacido para lo que vale.

- Ya, pero es que yo valgo para bailar.



Otro tanto le sucedía a Blanca, con la diferencia de que ella ponía todo su empeño en mejorar su número.

- No me explico cómo es que cada vez lo haces peor, hija -se lamentaba Fedora-; yo te he enseñado todo lo que sé, tienes buen cuerpo para el baile, tus aptitudes son inmejorables y, sin embargo, ¡qué desastre! Parece que en lugar de una Bolsoviich sobre la pista hubiera una peonza borracha.

La muchacha recogía las críticas con toda la tristeza del mundo, y prometía esforzarse más y más, pasar el doble de horas ensayando para que el público la ovacionase siquiera con la mitad de intensidad que había aplaudido siempre a su madre. Cuanta mayor era la presión que ejercía sobre sí misma, peores eran los resultados delante de las gradas.

Don Lupo tuvo que hablar con Gastón y Fedora para advertirles que, muy a su pesar, si sus hijos continuaban sin mostrar signos de mejora, tendría que retirarlos de las actuaciones. En atención al buen nombre de ambas familias había aguantado más de la cuenta, pero su paciencia y la del público estaba a punto de agotarse.

Transcurrieron las semanas y a Villa Bella sucedió Lugar Azul, y luego viajaron a Pueblo Esmeralda, donde el Circo Mundial ofrecería cuatro funciones coincidiendo con las fiestas del carnaval, días que en esa población se festejaban por todo lo alto. Ese detalle iluminó la mente de Blas, que se apresuró a transmitirle su idea a don Lupo:

- He pensado que para que la gente de Pueblo Esmeralda quede más contenta con nuestras actuaciones, podríamos saltar a la pista disfrazados, y de esa manera se darán cuenta de lo mucho que nos importa su carnaval.

- ¡Excelente! -dijo al instante el director-. Es lo primero sensato que te oigo decir en mucho tiempo. Es una idea tan buena que no sé cómo no se me había ocurrido a mí antes. ¡Manos a la obra! Que todo el mundo se busque un disfraz, una careta, una máscara, lo que sea.

Y así se hizo.

Blas corrió a contárselo todo a Blanca, que no demostró especial alegría por tener que salir a bailar (algo que no le gustaba), disfrazada (otra cosa que le gustaba todavía menos, por no decir que odiaba) y encima durante cuatro funciones. Pero cuando le contó más detalles, su expresión fue pasando del enfado a la perplejidad, y luego a la esperanza. Hacía mucho tiempo que una sonrisa no se dibujaba con tanta claridad en su rostro.

Todos acataron las órdenes de don Lupo y, quien más, quien menos, con menor o mayor acierto, se pertrecharon de disfraces para agradar todavía más a las gentes de Pueblo Esmeralda. Quienes lo tuvieron en verdad difícil fueron Bartolino y sus payasos, pues no sabían qué más colocarse encima para demostrar que estaban disfrazados.

Llegó el día de la función de estreno y, como siempre, los niños y no tan niños de Pueblo Esmeralda, entre quienes me encontraba yo, hicimos cola a la entrada de la gran carpa del Circo Mundial deseosos de volver a ver las maravillas que sobre sus pistas se ofrecían. Nuestra sorpresa fue mayúscula al ver que, desde el primero hasta el último de los que trabajaban allí, se habían colocado vistosos disfraces: la taquillera, el señor bajito que vendía palomitas, los acomodadores, el director de pista...

¡Y comenzó la función!

El tragasables nos dejó a todos con el miedo en el cuerpo, pues temíamos que alguno de aquellos cuchillos afilados lo cortara por dentro. Los payasos nos hicieron reír de lo lindo y el hombre bala nos emocionó al cruzar volando de parte a parte todo el circo. Sin embargo, lo que mejor recuerdo de la primera parte fueron los leones. El domador, disfrazado de bombero, los hacía saltar continuamente, se enfrentaba a ellos provocando rugidos espeluznantes, metía su cabeza entre sus enormes fauces, los acariciaba, les gritaba, los hacía revolcarse como si se tratara de dóciles gatitos. Fue maravilloso. Y cuando creíamos que todo había acabado,

en el momento en el que el director pidió que continuaran nuestros fuertes aplausos hacia el increíble domador de leones Blas Leblanc, éste se quitó el sombrero de bombero, se despegó el bigote postizo y se soltó la melena, una cabellera rubia y larguísima. Ahí redoblaron nuestros aplausos. No era un domador, ¡era una domadora! El director de pista se quedó más pasmado que nosotros mismos. Se repuso como pudo y rectificó: "¡Un fuerte aplauso para la magnífica domadora de leones Blanca Bolsovich!".

De la segunda parte, lo que mejor se me grabó en la memoria fue la actuación de los caballos blancos trotando alrededor de la bailarina. Iba disfrazada de enfermera. Bordó el baile, pues no puedo explicar de otro modo la grata sensación de ligereza y bienestar que me produjo ver sus movimientos. Y al terminar, entre aplausos sin fin, ¡una nueva sorpresa!: no se trataba de la bailarina que había anunciado don Lupo,





sino que supimos quién era en realidad el que tan bien había ejecutado la danza cuando se quitó el disfraz, un chico que contenía en su expresión toda la alegría del mundo, el hijo del domador Gastón.

Fue muy curioso, porque en la siguiente función me contaron que la domadora de leones había actuado disfrazada de bailarina, y el bailarín, con el traje de domador de leones.

Luego me enteré de que el director había intentado echar del circo a los dos jóvenes por aquello que él consideraba un sacrilegio y que, gracias al resto de los artistas y, sobre todo, a la buena acogida que tuvieron sus números entre el público, se arrepintió y terminó aceptando que, aunque era cierto que nunca había habido una domadora de leones, Blanca lo hacía genial, y alguna tenía que ser la primera.

Y otro tanto se aplicó a Blas.

Aquel circo nos enseñó que, realmente, cada uno nace para lo que vale, independientemente de si se es chico o chica, pues al año siguiente, en la función que ofrecieron, el bailarín Blas salía acompañado de otros tres chicos que ejecutaban unas danzas hermosísimas, y en lugar de hombre bala, actuó una mujer bala, y quien adivinaba el futuro no era una señora, sino un gigantón que además sabía leer las palmas de las manos.

Cuentan las crónicas, y yo las doy por ciertas, que Blas y Blanca terminaron enamorándose. Y que tuvieron una hija, la gran Clara Leblanc Bolsovich, cuyo número consistía en hacer bailar a los leones mientras ella misma danzaba dentro de la jaula.

Agradecimientos

A las personas que han formado parte del jurado del X Certamen de Cuentos por la Igualdad, por su colaboración desinteresada y su sensibilidad.

M^a Antonia Jiménez Civantos. Representante del movimiento asociativo de mujeres de Alcalá la Real.

M^a Dolores Nieto Priego. Representante de los medios de comunicación de Alcalá la Real.

M^a Carmen Jiménez Jiménez. Representante de la comunidad educativa.

María Dolores Llatas Beltrán. Ganadora del IX Certamen de "Cuentos por la Igualdad" 2018.

Elena Frías Vico. Representante de las Asociaciones de padres y madres de Alcalá la Real.

A todas las personas que han participado con sus obras en el décimo Certamen de Cuentos por la Igualdad organizado por el Ayuntamiento de Alcalá la Real (Jaén).

Puedes encontrar este cuento en formato pdf en
www.alcalalareal.es



